ATAKE DE NERVIOS #2



YO NO SOY PUNK.

EL PUNK ES MI NOVIO.

Jokin A. Carballo, Okerreko

Yo no soy punk. Me miro de arriba abajo y me parece evidente. Miro hacia atrás en el tiempo y en el espacio y no lo veo tampoco mucho más claro. Mis ropas no son punk, al menos no lo son todo el rato, y siempre hay algunos elementos demasiado incongruentes, demasiado pijos o demasiado bakalas en mi vestimenta y aspecto desentonando, estropeándome la identificación (la mía propia y la de las demás) con mi punkedad.

Yo no soy punk. Miro mis gustos musicales y me parece evidente. Hay quien dice que el punk es música, ante todo. Veamos por ahí. Repaso mi colección de discos o la lista de canciones que he puesto hoy en el reproductor del ordenador y no me queda otro remedio que fruncir el ceño: junto a Good Throb, Submission Hold, Las Otras y Arctic Flowers me aparecen KMFDM, Anne Clark, Jeanne Lee, Pet Shop Boys y Su Ta Gar.

Eso hoy, que ayer fue totalmente distinto. Vale, pues, según lo que oigo, tampoco soy punk. Yo no soy punk, aunque hay quien dice que el punk es un cúmulo de ideas, más o menos libertarias. Un espíritu de rebeldía, o de cooperación. Ahí me siento más fácilmente identificado. Pero bueno, en verdad, esos elementos los encuentro también en común con otra gente que no se identifica como punk, con mis amigas feministas, con gente con la que participo en cosas, con la gente de la calle con la que a lo mejor no participo en nada, con mi familia...

Vaya, ¿igual no soy punk porque no sé muy bien qué es ser punk? Sé que mi relación con el punk ha sido siempre de dentrofuera. Más bien de dentro-dentro-fuera-dentro-fuera-fuera. Mis primeros contactos con el punk (entonces le llamaba más bien hardcore/punk, la palabra punk aún tenía una connotación demasiado hedonista y destructiva) se ubican en un contexto de necesidad de identificación con prácticas subversivas que fueran más allá de las que tenía a mano en aquel entonces. Me explico, el Ermua en el que yo nací y crecí era un pueblo de la frontera de Bizkaia donde no faltaba, a pesar del conservadurismo general, espacio para la disidencia ya fuera abertzale, autónoma, libertaria o feminista. Sin embargo, la necesidad de buscar un espacio contracultural más vivo nos acercó a algunas amigas al punk, y a repensar lo que las personas más mayores con las que nos relacionábamos pensaban y sentían sobre el punk, que a algunas de nosotras se nos quedaba corto o extraño.

Considero, sin embargo, que las experiencias, sentimientos y vivencias respecto a mi sexualidad fueron bien claves en este entrar y salir del punk/hardcore. Digamos que al comienzo, en positivo, descubrí que algunas de las bandas que escuchaba, o fanzines que leía, tenían textos sobre "respeto a los homosexuales" y cosas por el estilo, mensajes que de alguna manera me decían a mí, joven marica de pueblo, que no todo el mundo me quería matar. Ni tan mal.

En verdad, a medida que empecé a preocuparme menos por quién me toleraba y quién no, me empezó a picar algo detrás de la oreja: se podría hablar de sexualidades en las canciones, pero siempre en tercera persona. Los heteros cantaban sobre nosotrxs, sobre la necesidad de tolerarnos o sobre lo mal que les parecía la discriminación, pero después las sexualidades no-normativas (los maricas, las bolleras, la gente trans*, vamos) no estábamos por ningún lado. El queercore era algo lejano que una vez leí en un fanzine (que por cierto no era un fanzine propiamente punk, sino un numero de la revista de La Radical Gai en Madrid) y nuestra representación en el punk se limitaba a eso: ser la pobre gente que también merecía vivir, ser toleradas, ser respetadas, siempre por otros que llevaban la voz. Años de hablar de ésto con muchas amigas me han enseñado que se trata de una experiencia similar a la de muchas mujeres en el punk/hc.

Sin duda mi identificación con el punk era difícil desde esta posición, sobre todo porque no estaba dispuesto a dejar de identificarme con algo o alguien(es). Exploré otros espacios, y algunos resultaron ser más seguros y reconfortantes que otros. Me dije a mí mismo que siendo marica tenía derecho a algunos espacios de mariconeo, qué demonios. La música electrónica, el EBM, industrial, techno-pop... eran espacios simbólicos donde la sexualidad se dibujaba de otras maneras, y eso me atraía, y me

sigue atrayendo. La idea de que mucha de aquella gente parecía marica era ya en sí un triunfo y me parecía que de hecho la propia estética (sonora y visual) de aquellas bandas era de hecho marica. De hecho, me llevé pequeños disgustos al saber que Depeche Mode y mi banda de música industrial favorita de la época (Bad F-Line) eran heteros. No entendía y sigo sin entender qué les empujo a tomar semejante fatídica decisión con lo bien que sonaban.

Me acerqué también a la escena post-post, con su ambición experimental y ruidosa, una escena que a día de hoy aún me interesa mucho pero que a pesar de ofrecer un espacio de comodidad (la gente era bien relajada al menos en apariencia respecto a temas de sexualidad) escondía también sus niveles de homofobia, sobre todo en forma de silencios. A la música electrónica o de baile me acerqué más desde fuera, así no puedo mencionar cómo es la vivencia de participar en esas escenas, de ir a bailar, o de tener sexo rápido con señores en los baños de las discotecas que acaban con un "esto que quede entre tú y yo, ¿va?". Lo que si sabía era que después de una dosis de escuchar a Unhinged o 24 Ideas, yo necesitaba (y sigo necesitando) un poco de Pet Shop Boys o McNamara.

Así que ahí estaba yo, necesitando identificarme, y consiguiéndolo únicamente de manera defectuosa. La escena hardcore era un machiruleo, light o hard, según el momento y el lugar (y eso que yo tuve la suerte de compartir escena con chicos que no eran tan machos, algunos de ellos apenas o nada). Me ponía muy cachondo la cosa: observaba las contraportadas de los discos de Youth Of Today y me volvía loco. Pero no, aquello no, no del todo. La cosa techno-electrónica-EBM molaba pero se trataba a menudo de mucha frivolidad, mucha comercialidad, mucho todo para alguien tan atrapado en lo políticamente correcto, con una idea de compromiso tan

relacionada al sacrificio. La escena post-post bien, pero lo sentía a menudo muy despolitizado e intelectualoide, y miren que yo soy de eso, pero no. Así que igual va siendo hora de admitir que mi identificación con el punk o con cualquier otra cosa, era, es y será defectuosa.

De todas maneras, entro y salgo del punk y algo permanece, o al menos siempre tengo ganas de volver. Encontrarme recientemente con amigas que están haciendo del punk una amenaza feminista me ayuda a volver a vivir la escena con cariño y deseo. Con amigxs que están pensando y deformando el punk desde lo marica y lo trans* también.

Los meses que he pasado en Londres han sido aire fresco respecto a esto. Me voy haciendo mayor (algún día deberíamos hablar también de punk y edad) y el punk aún parece un buen lugar en el que seguir viviendo mi identificación, desde lo defectuoso, lo incompleto, lo dudoso.

De hecho, es propiamente esta identificación defectuosa, o si se prefiere esta identificación con condiciones lo que hace que en mi opinión, sea desde lo que están haciendo grupos, personas, publicaciones de mujeres, de feministas, de maricas, de bolleras, de trans* y de otras personas que se han quedado fuera de la foto oficial del punk (miren la mayoría de las publicaciones con fotos y díganme quién sale) la que está haciendo las cosas que más me gustan últimamente. No sólo las que más me gustan, sino las que más están sirviendo a lo que para mí es un objetivo fundamental: atacar al punk desde el punk, hacer que el punk de mañana no sea el punk de hoy, ni el de hoy replique al punk de ayer. Como dicen Gaitze, sabemos que a menudo el punk puede ser todo menos punk, atascado en su propia tradición, que como os iba contando es una tradición de señores blancos heterosexuales mayormente.

Hacer del punk otra cosa es una labor continuada de ganar espacios y hacer sitio para lo que venga. Pero puede que esto no implique pensar esos espacios como lugares definitivos, de identificación plena y fácil, al menos para mí. Me parece más productivo no tener que pensar en ser punk, me parece más punk. Por eso yo no soy punk, pero el punk es mi novio. Punk is my boyfriend.

